

Grupos de Discipulado - Nivel II

SEMANA 2

DISCIPLINAS ESPIRITUALES: LA ORACIÓN

Bienvenidos a la segunda semana de los grupos de discipulado. Nos estamos enfocando en las disciplinas espirituales, y esta semana, nos estamos enfocando en la disciplina de la oración.

De todas las disciplinas espirituales, probablemente no haya ninguna tan poderosa como la oración. Ciertamente, la oración *no* es hablar hacia Dios, como si Él le estuviéramos dando sus órdenes de marcha. La oración incluye los conceptos básicos de hablar con Dios sobre las cosas en tu vida, y requiere que le **escuchemos** a Dios a medida que crecemos en conversación y relación con Él. Pero eso no cubre completamente lo que es la oración. Incluso el principio de **pedir a** Dios por las diversas necesidades de nuestra vida no abarca todo el alcance de la oración. **La intercesión** y **la guerra espiritual** también son aspectos necesarios de lo que significa orar.

Todas estas cosas son parte de lo que significa la oración, pero en su núcleo más esencial, **la oración es aprender a estar con Dios**. Cuando aprendemos a estar con Dios, aprendemos a ser como Él es.

A medida que llegamos a ser como Él, comenzamos a desear las cosas que Él desea. Cuando esto sucede, nuestras conversaciones con Él en oración, incluso las peticiones que le hacemos para las cosas en nuestras vidas, comienzan a alinearse con la Palabra y la voluntad de Dios para cumplir los planes del Cielo para nuestras vidas y para este planeta. Cuando Dios cambia nuestro corazón para que sea como el Suyo, entonces el tiempo que pasamos en Su presencia y en conversación con Él es donde ocurre la oración más poderosa que cambiará el mundo—y nuestras vidas personales también.

Durante los próximos minutos, quiero profundizar un poco más en la disciplina de la oración y dar algunas ideas bíblicas sobre lo que hace que la oración sea efectiva.

Filipenses tres catorce nos da una perspectiva asombrosa de nuestras vidas espirituales, y eso ciertamente incluye nuestra comprensión de la oración. Dice en la version Dios Habla Hoy: *"para llegar a la meta y ganar el **premio celestial** que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús."* Nuestro llamado a la presencia de Dios es "celestial" y siempre hacia arriba. Cuando la oración no se enfoca únicamente en nuestras propias necesidades, sino en simplemente estar en la presencia de Dios y amarlo y conocerlo, nos hace elevarnos a donde está Dios, encontrarnos con Él, hablar con Él y hacer Su obra con Él.

Isaías cuarenta Treinta y uno dice: *"...los que confían en el Señor encontrarán nuevas fuerzas. Se elevarán **alto** con alas como las águilas"*. Este es un indicio más de un

"llamado a lo alto—a lo celestial". Las águilas ascienden y se elevan a las alturas más altas. Al esperar en Dios en oración, se nos dice que nosotros también podemos elevarnos a otro nivel espiritual a través de la oración, la adoración, la espera en Dios y la meditación en Su Palabra.

En el mismo tema, el rey David escribe en el Salmo 24:3-4 acerca de aquellas personas a las que Dios permite "subir" a su lugar santo: "*¿Quién **subirá** al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El que tiene las manos limpias y el corazón puro...*"

El hecho de que Dios conceda a ciertas personas este honor no es favoritismo, sino que son aquellos que están dispuestos a pagar el precio para encontrarse con Dios de la manera que a Él le agrada. Ahora, Dios siempre es bondadoso al encontrarnos donde estamos en medio de las debilidades de nuestras propias vidas, pero hay una diferencia entre que Dios nos encuentre en nuestra debilidad y Él nos encuentre según nuestra voluntad. A medida que crecemos, es en la oración que aprendemos a levantarnos y encontrarnos con Dios donde Él está y de acuerdo a Su voluntad.

El rey David continúa en la descripción de aquellos que continúan ascendiendo a donde está Dios: Aquellos "*que tienen las manos limpias y el corazón puro, que no elevan su alma a lo que es falso y no juran engañosamente*". Estas personas "subirán al monte del Señor", y es un "llamado hacia arriba". Cuanto más nos acercamos, cuanto más nos adentramos en la Presencia de Dios, más limpias deben estar nuestras manos y nuestros corazones. Las alturas y las profundidades de conocer a Dios en la oración tienen que ver con el estado de nuestros corazones.

Dios es puro y santo en todo lo que es y hace. Somos purificados por la sangre de Jesús, y no por nuestras propias obras. Sin embargo, necesitamos vivir de tal manera que permanezcamos limpios, manteniéndonos alejados del pecado: esto es aprender a vivir en la santidad de Dios. Cuanto más nos acercamos a Dios, más nos exige. Es como cuando Moisés **subió la montaña** hasta la zarza ardiente. Cuando llegó a su presencia, Dios le instruyó que se quitara las sandalias de los pies, porque Dios dijo que esto era "tierra santa".

Los zapatos son los que nos desensibilizan al mundo que nos rodea. Nos permiten caminar a través de todo tipo de inmundicias sin que lo sintamos. Sin embargo, cuando Moisés se acercó a la "tierra santa", tuvo que quitarle la insensibilidad y la mugre. No podemos caminar voluntariamente a través de la basura de este mundo y luego encontrarnos con la santidad de Dios con la misma suciedad que se apegó a nosotros. Sería lo mismo que caminar por un baño público y correr por un patio lleno de excremento de perro, y luego entrar a tu boda. Cuanto más nos acerquemos, más limpios debemos estar. Cuanto más limpios somos, más profundas y efectivas se vuelven nuestras oraciones.

A medida que nos acercamos más y más al Señor, Hebreos 4:16 nos da aún más comprensión. Dice que podemos "... *acércate al trono de la gracia [de Dios] con*

confianza". Nuestro Padre Celestial nos ha dado a nosotros, Sus hijos, esta libertad sin precedentes para acercarnos a Él y pedir cualquier cosa que necesitemos. Podemos acercarnos a Su trono no porque seamos buenos en nosotros mismos, sino por quién es Jesucristo y por cómo Él nos ha hecho santos y aceptables ante Dios. Hebreos 12:14 dice además que *"sin santidad, nadie puede ver al Señor"*. En el Templo de Dios en el Antiguo Testamento, había una cortina que separaba la parte principal del Templo del "Lugar Santísimo", lo que significaba la separación de las personas de la Presencia de Dios. Antes de Jesús, nadie era lo suficientemente santo como para acercarse a Dios. Pero cuando Jesús murió en la cruz, la cortina del Templo se rasgó en dos, lo que indica que Jesús había abierto el camino a Dios, y a través de Su sangre, Él ha perdonado nuestros pecados, nos ha lavado y nos ha hecho perfectamente santos y capaces de acercarnos a Su Presencia.

Cuando oramos, nos acercamos a Dios con libertad y confianza, el camino está abierto y encontraremos toda la gracia que necesitamos. Jesucristo nos ha dado acceso a Dios, no solo nos estamos acercando a la presencia de Dios, sino a Su trono. ¿Y qué es un trono? Es la sede del poder y la autoridad desde la que el gobernante gobierna y aprueba edictos y leyes.

Cuando nos acercamos a Dios en oración, ***estamos llegando al trono, la sede de la autoridad de Dios; el punto central del gobierno de todo el universo, tanto visible como invisible***. Nuestras oraciones tocan el corazón de Dios, promulgan Su voluntad y estimulan Su poder para que actúe. Cuando oramos, que sepas que estamos trayendo el Cielo a la Tierra; dando paso a la perfecta voluntad de Dios para anular la destrucción que el diablo ha querido hacer. No hay nada más alto o más poderoso que el Trono de Dios.

En el libro de Apocalipsis, obtenemos aún más información sobre el trono de Dios y el papel que tienen nuestras oraciones en el Cielo. Leemos en Apocalipsis 8:5 que hay un altar de incienso delante del trono de Dios. A lo largo de la Biblia, el incienso se correlaciona con las oraciones, y estas oraciones se elevan ante el Trono de Dios, el mismo Trono, que es el asiento de Su autoridad, Su poder y Su gobierno.

¡Escucha! ¡Esto es tan increíble! Nuestras oraciones no están siendo metidas en un rincón oscuro en algún lugar para que Dios luego las atienda. Nuestras oraciones suben al trono donde Dios no solo escucha, sino que decreta respuestas para nosotros desde el trono de Su autoridad. ¡Esto significa que el poder de Dios está trabajando activamente a nuestro favor cuando oramos!

En Apocalipsis, dice que Dios puso fuego en la copa de incienso y lo arrojó a la Tierra, y luego hubo terremotos, relámpagos y truenos. Me parece muy interesante que nuestras oraciones ante el trono de Dios son lo que fue arrojado sobre el mundo causando que se estremeciera. Nuestras oraciones son más poderosas de lo que creemos: ¡tienen un poder que hace temblar la Tierra! Cuando oramos, oramos por las cosas que suceden en el mundo, nuestras familias, nuestros amigos, y el poder de Dios se desatará en esas situaciones y las sacudirá con Su increíble poder.

De todo lo que hemos hablado en los últimos minutos, recuerde que el núcleo esencial de la oración es **aprender a estar con Dios**. Es donde nuestro corazón que se vuelve como Su corazón, y los dos corazones se entrelazan para convertirse en uno, entonces obtenemos todos los resultados de la oración efectiva. La oración cumple lo que Jesús dijo que la oración debe lograr. Él dijo que oráramos de esta manera: "Padre nuestro que estás en los cielos, santo es tu nombre. Venga Tu Reino, y hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo". Eso sucede cuando Su corazón en el Cielo late en nuestro pecho aquí en la tierra. **¡Tú y tus oraciones son el punto donde el gobierno de Dios se cruza con la Tierra y cambia las cosas para los propósitos de Dios!**